



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13663

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR, 24

CONDICIONES

MARTES 11 DE JUNIO DE 1907

Desde Madrid

(Información postal)

La gestión de Ferrándiz

El personal excedente

Resístame tan sólo recoger, para ultimar mi rápida labor de información y comentarios, lo que se dice y lo que se piensa respecto al personal excedente de la Armada, si es que se llavan a término las reformas de Ferrándiz.

Propónese el Ministro, que los futuros capitanes de navío sean jóvenes, con el vigor y energías que generalmente sólo los años prestan, á desempeñar el mando de los buques de combate; pero, parece deducirse que la reducción de las plantillas en aquel empleo se hace partiendo de un supuesto convencional, cual lo es que dichas unidades sean en número fijo y limitando, quizás media docena; y claro está que si los convenios internacionales ó exigencias no menos atendibles, nos obligan á adquirir más cruceros ó acorazados, entonces todo el sacrificio que se prepara resultará estéril, aparte de que no improvisándose el personal y si el material de la Armada, se corre el riesgo de no contar con los jefes y oficiales indispensables para los servicios de los nuevos buques.

Y he de confesar que de mi investigación persistente de opiniones he sacado el convencimiento de que una parte del personal de la Marina, aboga por la reducción de las plantillas, disponiendo sin distinción sus conveniencias privadas; personal joven y entusiasta, con todas las impetuosidades de la abnegación y el patriotismo exaltados, sentimientos refractarios á la reflexión utilitaria y egoísta.

Otros jefes y oficiales, aunque animados de idénticos anhelos, y sin discutir el problema de la actual personal de la Armada existe número excesivo en los empleos todos, para lo que pueda ser el poder naval de España, reconocen y confiesan que el sacrificio nuevo que se trata de imponer á los Cuerpos es duro, insólito; que es para la promulgación de la ley del hambre para la Marina.

Fijese V.—me indicaba quien pronunció esta frase—que en la actualidad tenemos unos 135 excedentes forzados de general ó asimilado á alférez de navío (contadores de fragatas); á esa cifra la de 195 excedentes que nos proporcionará las reformas de Ferrándiz en los Cuerpos de 2.º y asimilados, adicione V. los 400 graduados (sargentos primeros, segundos y asimilados), y hallará un total en números redondos, de 730 individuos excedentes para todos los cuerpos de la Marina.

¿Y sabe V. cuál será la economía que tal excedencia forzosa producirá en el presupuesto?—Unas 320.000 pesetas, ni más ni menos.

Yo no quiero—agregaba un interloquio—molestar á los compañeros de armas del Ejército, porque nosotros, como ellos, no somos culpables de lo que los Gobiernos hacen y deshacen; pero no olvide V. que en el presupuesto de Guerra de 1906, figuraban 8 mil

hombres para personal excedente, y sin embargo, ni una sola Escuela está cerrada. En cambio, en Marina se hallan cerradas todas y nosotros amenazados con la excedencia de 800 individuos, de General á Sargento segundo.

Así se explica que los periódicos militares traten en estos mismos días la cuestión palpitante.

Ejército y Armada, en un artículo de su director, decía la siguiente: «El General Ferrándiz, por una dolorosa necesidad, habrá de efectuar la reducción de las plantillas, como habrá de hacerlo también el General Loño en su Departamento, obligando á los demás Ministros á iguales reducciones, si aquí hemos de reconstituir alguna vez este país, en el que reina el más completo desbarajuste y el mayor desorden en todos los servicios públicos, siendo muy de extrañar que cuantos piden necesarias economías las quieran ver realizadas en el vecino y no en su casa, demostrándose con tal actitud una falta de patriotismo y un exceso de egoísmo que dará al traste con lo que sea y signifique verdadera reconstitución nacional».

La Correspondencia Militar, comentando igual tema, escribió estas líneas: «Si hace falta hacer astillas, hágnase de todos los árboles, y, sobre todo, no se olvide que cuando se habla de sacrificios en determinadas clases, es la probabilidad de propagar el hambre y de inundar la desesperación lo que se anuncia.»

«Ve V.—continuaba diciéndome la persona con quien yo hablaba—cómo todos nuestros hermanos del Ejército recoocen que es enormemente cruel la resignación que se nos exige?»

Y no habría motivo alguno para la queja si tal medida—que ojalá fuere salvadora—se llevara á término en todos, absolutamente todos los departamentos ministeriales; desde los ministrados á los gobiernos civiles; á quienes, por cierto, se trata de dotar espléndidamente; de Hacienda á Fomento, de Estado á Instrucción pública, porque en España tenemos plétora de empleados, de destinos burocráticos, de prebendas y canongías.

Y es triste—continuaba—no se intenten poner á salvo los intereses privados de quienes sin regateos estuvieron y están prontos á inmolar su vida por la patria; es doloroso que no se hayan siquiera esbozado las lógicas y necesarias compensaciones; que no se trate de llegar á una amortización lenta y progresiva que permitiera ó obligara, indirectamente, á buscar otros medios de vida ó á dejar definitivamente el servicio, si para cumplir éste fueren precisas condiciones que no todos nosotros aceptaríamos.

Recuerde V. que á los funcionarios de las colonias se procuró no lesionarles en los derechos adquiridos; pero á nosotros ¿que nos espera? ¿Cuál será el porvenir que el Destino nos reserva?»

EL CORRESPONSAL

MADRID 8-VI-07

CHARLA

Toca en mano, casi en costumbre, nuestra destidada para intentar, con espíritu conservador, las cosas, precisamente cuando ya no es tiempo de lo

las damas añosas, víctimas del tocador, conquistadores remozados, esclavos del tinte y del añadido, que se empeñan en dar cara al autor, sin percatarse de que al alegrarse cantaban la juventud no se le atrapa caminando con pies de plomo.

Abundan los hombres reflexivos y pensadores que, confiados en la propia experiencia y en el propio orgullo desprecian la experiencia y el estudio ajenos compendiados en los libros que enseñan y en los hechos que convencen, y dedican sus mejores años á la consecución de un invento, á la publicación de un libro, á la formación de un organismo, que cuando se ometen al público examen, resultan copia de otro invento aceptado ya en la práctica, compilación en un libro de ideas que otros autores ya emitieron, organismo caído ya en desuso gracias á la evolución ordenada de la observación científica.

Abundan los monigotes del amor propio, los que se empeñan en meter la cabeza por la pared, y así se pasan la existencia, hasta que un porrazo definitivo les libra de su obstinación y los devuelve al polvo de la tierra.

Abundan los que se delinieren á coger la luna con las manos y sólo alcanzan á quedarse sobre el suelo en la misma posición normal de cierto solapado amigo del hombre, como Pílagos de Orestes, y á veces, confundible con él hasta el punto de no discernirse fijamente quién sea el uno y quién el otro.

Todos estos tipos y tantos y tantos más cuyas fiéles imágenes archiva mi cerebro, coleccionista paciente de impresiones, integran, encarnan, simbolizan un capítulo de sociología ilustrada al vivo, que merece titularse de este modo: «Cosas que no deben hacerse.»

He traído á colación cuanto precede con motivo de haberse inaugurado en Londres, el Club del Rifle, á cuya fiesta inaugural asistió lo más aristocrático del Londres famoso.

Entre los invitados figuró el anciano generalísimo del ejército inglés lord Roberts, vencedor de los boers, quien, á requerimientos de los socios del club y movido de juvenil impulso, tomó parte en ligera ponté, ansioso de patentizar que conservaba ogaño la agilidad y buena puntería de antaño.

El general cogió el rifle que le fué ofrecido, apuntó, disparó y... naturalmente—no dió en el blanco, porque cabe en lo probable poseer un ce-

rebho firme para conquistar un pueblo, y el pulso y la vista débiles para acertar un blanco. Lord Roberts no recordó el capítulo de las cosas que no deben hacerse.

Yo creo que también lo echó en olvido el generalísimo cuando, en la misma fiesta y hablando con un periodista sobre el manoseado tema de la reducción de los armamentos, dijo repitiendo á Roosevelt, que «para asegurar la paz precisa estar bien preparado para la guerra.»

¿No habría hablado mejor el general declarando que «precisa prepararnos bien para la paz á fin de evitar la guerra?»

Sin embargo, quizás esté en lo cierto lord Roberts, porque yo me olvidaba ahora de que la vida tiene también un largo capítulo que se intitula «Cosas que no pueden hacerse.»

M.

Sonando en el Esperanto

«Al mundo que consiste eternamente promete una santa armonía.»

(L. Esperanto - Zamenhof.)

Un sueño vitando una negra pesadilla, reina en la tierra. La noche eterna, tiende su caliginoso manto sobre los campos yermos y arrasados por el fuego. Abajo en el valle miriadas de hombres, combaten y se despedazan con furia inconcebible: ya vienen peleando millares de siglos; son los descendientes de aquel que inmóvil á Abel: La ambición de los reyes, las religiones, el hambre, los lanza unos contra otros. La lucha es continua: á cada momento, falanjes enteras de combatientes, perecen bajo el impulso del arma fratricida, y caen en un inmenso río de sangre que los sepulta y arrastra, sin dejar huella de ellos, á veces á los gritos de coraje de los moribundos, se sobrepone el alarido de alegría de aquellos que han conseguido despojar al otro de su propiedad. La lucha es tremenda, mas no importa, el ruido sigue lanzando al combate legiones de hijos y ellos continúan despedazándose y el río tragando sus despojos sin dejar huella visible.

Algunos más sensatos, pretenden reunirse para predicar la paz, el amor, la caridad, así pero no se comprenden, sólo tienen de común el ser hombres, sus lenguajes son diferentes y esta misma diversidad de idiomas, fu-

nesto resultado de aquella Babel que quiso desafiar los cielos, es terreno abonado para la discordia que no tarda en germinar dando las negras flores del odio, que pronto se transforman en el frufo de la guerra y de la muerte.

Súbito, allá en Oriente, se difuma una luminosidad indecisa, vagarosa, que aumenta por momentos; es el claror de un alba, es el amanecer de una nueva era de paz y de concordia, que profetiza la felicidad y fraternidad universales. La suave luminosidad, se transforma gradualmente en vivísima aureola que rodea á modo de diadema coronante, la majestática cabeza de un águila solemne. De su pico encorvado, potente, pende rutilante, una estrella verde de cinco picos alegóricos. Los hombres, asombrados, conernados ante esta aparición que emerge de improviso, olvidan sus rencillas, sus odios, sus furores; presienten que alborea para ellos un eterno día de felicidad y de dulzura: todavía resuena en multisonos ecos, allá, en el fondo de sus conciencias aquella voz que rasgó los cielos: «Años años á los otros...» El águila extiende mansamente las alas sobre la tierra: la bendice; en los árboles nacen nuevos brotes, y mientras surca los aires el halo lívido de la Primavera, la Humanidad se estrecha en fraternal abrazo.

Luis Calandre Ibáñez.

Cartagena y Junio.

EN LA BRIGADA TORPEDISTA

Notables experiencias

A cualquiera que conociendo lo limitado de los recursos que por el Gobierno se conceden á nuestra Marilla de guerra, asista á las magníficas y brillantes experiencias que con bastante frecuencia se vienen efectuando por esta Brigada Torpedista, acertadamente dirigida por su comandante el ilustrado teniente de navío de primera clase D. Antonio Espinosa, eficazmente secundado por los dignos oficiales á sus órdenes le causará verdadero asombro, el contemplar como con material anticuado, pueden hacerse unos ejercicios tan excelentes y darse unas explosiones tan completas.

Y ese asombro llegará á un alto grado al saber, que no sólo practican con

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 348

iniciaba el silencio y atención con que eran esperadas las paabras del Gran Selenita.

Esas ondulaciones son evidentemente el resultado de otras radiaciones que producen también del origen lunar, y por su constante proximidad á los signos alternativos de Cavor, hacen sugerir la idea de que hay algún operador que, intencionadamente borra esas señales, y por medio de las indicadas radiaciones hace ilegibles las frases enviadas por nuestro semejante.

Al principio, esas insinuaciones eran pequeñas y regulares, de suerte que con un poco de cuidado y la pérdida de algunas palabras, hemos conseguido descifrar los mensajes de Cavor; pero después han aumentado tanto en extensión y en irregularidad ha alcanzado tales proporciones, que los mensajes han quedado convertidos en líneas de tachaduras; hay párrafos largos, en los que nada se puede descifrar á través de esa loco zig-zag.

De repente cesa la interrupción, dejando clara alguna palabra pero vuelve al instante á oblitarse lo que Cavor pretende transmitir. No sé á qué atribuir esto, pues si se trata de una intervención de tercera, pudieran muy bien los selenitas dejar que Cavor transmitiera sus mensajes en medio de la ignorancia de que pudieran interrumpirse, puesto que está bien su modo de transmitir su mensaje cuando no le interrumpen. Este es un pro-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 345

radio bosquejo de un orden de cosas que existirá algún día—le repliqué, y prosiguiendo:

Hay aquí un espacio de treinta ó cuarenta palabras que se completamente indescifrable.

«El Gran Selenita se impresionó mucho al conocer la poca obstinación de la Humanidad habiendo distintas lenguas en diferentes países; por eso me dijo:

— Observo, que los hombres á un mismo tiempo quieren comunicarse entre sí.

«Después me preguntó acerca de la guerra, de la que yo había ya indicado algo.

« El principio me mostró perplejo é incrédulo, pero al momento hizo la observación siguiente:

— Luego ustedes recogen la suposición de ese mundo, cuyas riquezas apenas se consiguen á lo largo, matándose los unos á los otros, como si fueran resacas de estirada al consumo público.

«Yo le respondí que su observación era muy correcta.

«Entonces me pidió detalles que auxiliaran á su imaginación á comprender el concepto.

— Pero, es que no se determinarán en la guerra vuestros héroes y ciudadanos?

« A mi respuesta, pudo observar que la deducción y la razón le impresionaban casi tanto como el accidente.

« El gran alba, una... »